

El devenir del socioanálisis

*Roberto Manero Brito**

Resumen

El análisis institucional en situación de intervención ha sido denominado socioanálisis. El presente artículo se basa en una hipótesis: la construcción del socioanálisis como método de intervención en el terreno ha sido acompañado por un “doble”. Al lado del método socioanalítico han aparecido formas de intervención alternas, que soportan la práctica del análisis institucional en condiciones que no permitirían el establecimiento de un dispositivo socioanalítico. Así, el desarrollo del dispositivo socioanalítico debe entenderse en relación con estos otros procedimientos de intervención, que permearon durante toda la historia del socioanálisis la lógica y las finalidades de la intervención. El devenir del socioanálisis, entonces, no puede restringirse al análisis de las prácticas que se generaron con ese nombre, sino que debe incluir, en una perspectiva amplia, los desarrollos del análisis institucional en sus diferentes situaciones de intervención.

Palabras clave: socioanálisis, análisis institucional, encuentro institucional, intervención institucional, análisis interno, socioanálisis participante.

Abstract

Institutional Analysis in situation of intervention has been called socio-analysis. This article is based on a hypothesis: the construction of socio-analysis as a method of intervention in the field has been accompanied by a “double”. Beside this method have appeared alternative forms of intervention

* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco [mabr3005@correo.xoc.uam.mx].

that support the practice of institutional analysis in conditions that allow the establishment of a socio-analytic device. Thus, the development of the socio-analytic device must be seen in relation to these other interventional procedures, which permeated throughout the history of socio-analysis logic and purpose of the intervention. The evolution of socio-analysis, then, cannot be restricted to the analysis of the practices that were generated by that name, but must include at a broader perspective, the developments of Institutional Analysis at different intervention situations.

Key words: socio-analysis, institutional analysis, institutional meeting, institutional inter.

Introducción

La invención del dispositivo socioanalítico ha sido objeto de varios estudios y publicaciones (véase Manero, 1990). Ahí se trabajó sobre sus orígenes en la psicoterapia institucional, y más cercanamente en la pedagogía institucional y en el análisis grupal, rebautizado por los franceses como psicociología.

Sin embargo, desde la invención del socioanálisis hasta el momento actual mucha agua ha pasado bajo el puente. La evolución de los dispositivos de intervención especializada tiene que ver tanto con sus propias contradicciones, como con los cambios sociales y la aparición de otras formas y proyectos en la relación de los intelectuales y especialistas con el cuerpo social.

No es objeto de este artículo abordar en toda su extensión la compleja relación de la *técnica* desde el plano filosófico en la constitución del mundo, de lo que Castoriadis plantea como el *imaginario social*. Sin embargo, sí debemos contextualizar y establecer un *campo de análisis* desde el cual la discusión sobre la implementación de los dispositivos pueda tener sentido.¹

¹ La discusión sobre la pertinencia de la intervención institucional y los dispositivos utilizados, así como su sustento teórico y el proyecto social y científico en el que se sitúan es

Así, podremos situar una doble génesis social de la problemática de la intervención institucional, especialmente la socioanalítica. Por un lado, la emergencia de las ciencias sociales y los saberes especializados sobre el hombre. Foucault sitúa claramente la evolución de los *saberes* en relación con los dispositivos del poder. Saber-poder es una unidad productora no sólo de sentido, sino también de diferentes formas y dinámicas sociales. La emergencia del saber sobre los hombres y sobre la sociedad es inseparable de la emergencia de nuevas formas sociales. El saber se crea en este ámbito, y es desde ahí desde donde produce su significación.

Por su parte, la idea de dispositivo también juega con la producción misma de la sociedad. El dispositivo es toda esa construcción a partir de la cual la dinámica del poder va creando formas y figuras sociales, instituciones, podríamos decir. Efectivamente, el concepto de institución no era especialmente interesante para Foucault. Era un concepto que no podría expresar en su propia construcción la dinámica del poder que quería describir. Al contrario, hablar de los *dispositivos sociales* permitiría señalar las formas que se construyen para dar visibilidad, para crear subjetividades, para generar saberes.

El dispositivo, desde esta perspectiva, es capaz de construir formas y dinámicas a partir de elementos completamente heterogéneos, y hacerlos jugar en sentidos específicos.

El dispositivo, sin embargo, puede ser significado también desde su aspecto heurístico y metodológico. Ahí la problemática no está del todo desvinculada de la anterior, pero tiene sus propias especificidades.

actual, y sumamente importante. Uno de los ejes para dicha discusión sería el contexto que Castoriadis sitúa en *techné*, es decir, las cuestiones relacionadas con el hacer en el mundo, con la *técnica*. Indudablemente, el *imaginario social* de nuestras sociedades modernas implica la reflexión sobre el aspecto de la técnica, en tanto técnicas que se despliegan sobre el ser humano. La discusión de la implementación técnica de un dispositivo de intervención debería situar, en todo caso, algunos ejes teóricos desde los cuales puedan tener lugar, los referentes básicos, en este caso, en relación al concepto de institución.

El proyecto y el dispositivo de intervención socioanalítica

El dispositivo socioanalítico se generó tomando sus distancias de la consultoría sociológica tradicional, así como de las prácticas grupales tradicionales, derivadas de la dinámica de grupos, de los grupos “T” y del psicoanálisis. Surge así un método de intervención que establecía críticas severas y puntuales a sus antecedentes. Frente a la consultoría sociológica, el socioanálisis respondía con la distinción entre la *demanda* y el *encargo* de intervención. El sentido mismo de la consultoría se encontraba trastocado, así como el lugar del interviniente y el proyecto en el cual dicha intervención se encontraba. La socialización del análisis y del saber es un proyecto socioanalítico que también lo distinguía de la consulta sociológica tradicional, así como los destinatarios y beneficiarios del proceso de indagación. Dicho de otra manera, el socioanálisis se planteaba como una metodología con supuestos ideológicos de sentido contrario al de la consulta sociológica tradicional.

En relación con la práctica psicosociológica de los grupos, el socioanálisis también se planteaba de forma crítica, y se consideraba como un rebasamiento de esas metodologías. En síntesis, a la psicosociología se le criticaba tanto su “grupismo” como su “grupalismo”. En relación con el grupismo, la crítica socioanalítica seguía de cerca la crítica que Sartre había dirigido a Lewin, en el sentido de *totalizar* de manera equivocada y arbitraria al grupo. El grupo, como proceso, nunca podría ser visto como una unidad cerrada en sí misma, sino que siempre debía estar abierto al devenir, a la transformación, así como al exogrupo, a lo exterior a sí mismo, de donde el grupo mismo toma su sentido.

En lo que se refiere al grupalismo, la crítica que dirige el socioanálisis a la psicosociología tenía que ver con la monorreferencialidad y el reduccionismo en su campo de análisis. Dicho de otra manera, el grupo sólo podría ver con la lente grupal los fenómenos que se dan en su propio seno, así como lo que sucede afuera del grupo. Reduccionismo metodológico que se articulaba con la clausura del grupo como unidad de análisis. El resultado de ello era la supresión de las dimensiones transversales del grupo.

Rebasamiento de la consulta sociológica y de la práctica grupal psicociológica, el socioanálisis, no obstante, enfrentaría sus propias contradicciones e insuficiencias. Si bien debía distinguirse del análisis grupal, tuvo problemas en incorporar tanto en su *corpus teórico* como en su dispositivo de intervención² las dimensiones imaginarias que las teorías grupales, el psicoanálisis, los planteamientos castoridianos y algunas corrientes filosóficas habían incorporado a las teorías sobre la institución. Asimismo, como también lo reconocería Lourau, la problemática grupal seguiría siendo una cuestión no resuelta en el socioanálisis, toda vez que en su dispositivo clásico el soporte grupal de la intervención seguía siendo un elemento presente.

Desde otro punto de vista, la estructuración del dispositivo socioanalítico respondía también a elementos que tuvieron presencia determinante durante el periodo contracultural. De cierta manera, la consigna *¡analicemos nuestras instituciones!* que caracterizó al movimiento de 1968, estaba contenida como proyecto fundamental del socioanálisis. En ese sentido, el método era una expresión nítida del espíritu de la época. Cuestionamiento permanente de las instituciones, experiencias y experimentaciones de toda índole en el campo social, creatividad exacerbada en la puesta a punto de métodos novedosos en el conocimiento social. Pero sobre todo, la vigencia de una negatividad que expresaba tanto la negación del orden social vigente³ como la expansión asombrosa de lo *imaginable y lo posible* en la acción social.

Las condiciones de posibilidad de la intervención socioanalítica

El proceso del socioanálisis significó la introducción de una gran cantidad de modificaciones al planteamiento inicial de 1967 y 1968.

² Aunque debemos recordar que, de acuerdo con Lourau, la teoría *debe* ser considerada uno de los elementos del dispositivo de intervención.

³ Negación que se expresaba en teorías alternativas y críticas sobre la sociedad y sus instituciones, así como en tendencias artísticas novedosas, algunas de ellas íntimamente comprometidas con el cambio social.

Desde esas fechas y hasta mediados de la década de 1970, tuvo lugar una fuerte experimentación del método tal como se había concebido originalmente. Ya desde entonces se daba prueba de las dificultades de su implementación. Era una época fuertemente “intervencionista”, y no tenía lugar algún cuestionamiento de fondo de la necesidad de intervenir.

Esta cuestión, seguramente, estaba anclada en la consigna marxista de cambiar el mundo. No hacía falta continuar la contemplación. El aspecto de la militancia estaba presente en la profesionalización del oficio de sociólogo. Remi Hess, desde la creación misma del socioanálisis, oponía el análisis institucional como actividad profesional especializada al análisis institucional producto de la militancia en alguna causa.

A partir de entonces, el estilo socioanalítico de Remi Hess se distinguió precisamente por la incorporación de acciones y elementos diversos al socioanálisis, que se introducían por su capacidad de *provocar*, de hacer hablar a las formas instituidas. Lapassade, por su parte, desde un principio fue fuertemente heterodoxo en relación con el socioanálisis. Intentó reunir diversas técnicas y métodos de observación y provocación al interior del dispositivo. Así, desde la bioenergía y el *encuentro institucional* hasta la incorporación de perspectivas etnometodológicas, Lapassade nunca se limitó a seguir paso a paso los elementos del dispositivo.

En un primer momento, el dispositivo socioanalítico se encontró cuestionado por los socioanalistas mismos y sus clientes. El Grupo de Análisis Institucional de París, en el que se encontraba Antoine Savoye, y el de Reims, en el que militaba Remi Hess, alimentaron enormemente el *corpus* de intervenciones socioanalíticas bajo encargo del análisis institucional. Al enumerar algunas de las diferencias entre el psicoanálisis y el socioanálisis, Antoine Savoye y Laurence Gavarini planteaban, en 1972, lo siguiente:

La teoría del psicoanálisis fue construida a partir de la práctica de la cura. La teoría del socioanálisis no está construida. Digámoslo claramente: esta construcción está marcando el paso. No se avanza, o poco. Las intervenciones tienen un número limitado, duran generalmente demasiado poco para permitir progresar en la construcción teórica. Hasta

se ve tentado uno a pensar que las intervenciones son detenidas por los “clientes” en el momento en que el análisis finalmente podría comenzar. Estamos empezando a explorar los preliminares de la intervención: el sentido de la demanda, las modalidades y las trampas del contrato [...] Y dominamos muy mal el manejo de esos actos preliminares (Gavarini y Savoye, 1977:166).

A pesar de lo anterior, el socioanálisis se siguió practicando ampliamente durante aquellos años.

Ya hacia fines de la década de 1970 y principios de la de 1980, las demandas de intervención se hacían cada vez más escasas. En *El Estado y el inconsciente* (Lourau, 1980) ya se explicita el cambio de condiciones teóricas y sociales que permitían la intervención socioanalítica:

Gracias al proceso de recuperación cada vez más refinado juntamente con un dispositivo cada vez más cargado de represión, gracias sobre todo a la caución aportada por el peso electoral de la izquierda a las reglas del juego político llevado a cabo por la derecha desde 1958 (¡ante todo, nada de rupturas significativas con el orden existente!), la forma social hegemónica, el Estado, se consolida ideológicamente y, de golpe, inyecta cemento nuevo en las grietas, vagamente descubiertas en 1968, del edificio institucional.

Para el socioanálisis esto se traduce, por una parte, en un estancamiento de los pedidos y en el hecho de que estos pedidos siempre vienen de los mismos sectores: educación, trabajo social, formación permanente, sectores marginales de las iglesias [...] En cuanto al análisis institucional en general, constatamos un retroceso o regresión de las prácticas en los sectores anteriormente propicios a la innovación: pedagogía, terapia. La pedagogía institucional, así como la psicoterapia institucional, en ocasiones constituyen curiosidades intelectuales para los cursos de puesta al día; en contadas ocasiones conservaron su potencial de ruptura. Las experiencias de antipsiquiatría llevadas hasta la desertión de la institución (Laing, Basaglia, etcétera) igual que las experiencias de antipedagogía que cuestionaban toda posibilidad de hacer algo que no fuese beneficioso para lo que se pretendía criticar o destruir, produjeron una superación totalmente natural de estos métodos (Lourau, 1980:131-132).

Efectivamente, el reflujo del movimiento de 1968 y el periodo contracultural trajeron consigo que estas intervenciones dejaran de “estar de moda”. Hubo una pérdida del prestigio de estas formas de intervención, pérdida que debería analizarse con un poco más de detenimiento. Desde el análisis institucional, existen ciertos momentos en la historia en los que la base social, la sociedad en general, critica sus propias instituciones. Esto mismo ya había sido enunciado por Castoriadis. Los momentos previos y posteriores a las grandes crisis sociales, desemboquen o no en procesos revolucionarios, están caracterizados por un cuestionamiento generalizado a las instituciones. Para Castoriadis, este acercamiento entre la sociedad instituyente y sus instituciones representa una posibilidad de romper con las formas alienadas y abren una rendija al proyecto social de autonomía.

En el análisis institucional, la negatividad actuante, los procesos y las fuerzas instituyentes, producen con cierta frecuencia crisis institucionales que tienen la característica de ser fuertemente analizadoras. Dicho de otra manera, la sociedad se cuestiona a sí misma y cuestiona sus instituciones a través de sus analizadores.⁴

La *institucionalización*⁵ de las modalidades introducidas por los analizadores, de los efectos del *análisis institucional* producido en la base social por las crisis institucionales, tiende a estabilizarse nuevamente, en general, en nuevas formas también alienadas. Es el proceso de la *reforma*, que va produciendo transformaciones graduales y evolutivas en el sistema institucional.

Desde la perspectiva del análisis institucional, hay un periodo más o menos largo en el que se fueron acumulando reformas importantes a instituciones centrales de la sociedad: la familia, la sexualidad, el papel de los jóvenes, la lógica del trabajo, el lugar de las mujeres, etcétera. Desde fines de la década de 1950 y a lo largo de la de 1960,

⁴ El concepto de *analizador* ya ha sido trabajado en varias publicaciones. Hay que retener la idea de que el *análisis* al que nos referimos no es única y exclusivamente un análisis discursivo, *palabrista*. Es el análisis en la acción en las instituciones. En este sentido, es un concepto cercano al de la *desconstrucción* derrideana.

⁵ Hablo aquí de la institucionalización en el sentido fuerte del término, a partir de los estudios de Lourau en relación al *efecto Mühlmann* y al *Principio de equivalencia ampliado*.

las sociedades occidentales, especialmente las más desarrolladas, vivieron un fuerte cuestionamiento de estas instituciones, y en 1968 estos movimientos confluyeron y constituyeron una crisis generalizada de la sociedad. El ambiente social permitió el cuestionamiento generalizado de las instituciones, y en el contexto de ese ambiente fueron creados múltiples métodos de intervención, que a su vez fueron utilizados en momentos y circunstancias diversas para promover las transformaciones de sociedades que querían reapropiarse de su propio proyecto. Así, la bioenergía, la gestalt, el nuevo ímpetu que vivió el psicoanálisis, las nuevas psicoterapias y las formas antipsiquiátricas, las experimentaciones en pedagogía (impulso de las pedagogías Freinet y Montessori, escuelas activas, reeducación terapéutica, etcétera) generaron una enorme cantidad de alternativas a las formas tradicionales e instituidas.

En el campo de la sociología, por ejemplo, al lado de las formas clásicas de la encuesta, que a través de la matematización garantizaban una cierta cientificidad, van apareciendo múltiples métodos en el ejercicio de la profesión que se alejaba de esa cuestión, entre ellas el socioanálisis.

Durante la década de 1970 y buena parte de la de 1980, lo que llamamos el periodo contracultural, se llevó a cabo la experimentación con las nuevas formas que habían surgido a partir de la crisis de la década de 1960. Evidentemente, subyaciendo a esta experimentación, estaba un ambiente, una idea que prevalecía en el sentido de que las cosas podían ser transformadas, una especie de apertura o, en términos más castoridianos, la ruptura de una clausura imaginaria e ideológica, en la cual la sociedad instituyente aparentemente podía haber dejado de existir. Durante este periodo, la sociedad instituyente, el imaginario social, fue capaz de crear nuevas instituciones y transformar las instituciones existentes: el trabajo femenino visible y remunerado dejó de ser una virtualidad, se cuestionaron virulentamente las instituciones de encierro (cárceles, psiquiátricos), la familia sufrió profundas transformaciones, resultado tanto del nuevo estatuto femenino, las crisis económicas y los avances tecnológicos (educación a través de medios televisivos y a distancia, transformaciones en el medio educativo de los hijos, etcétera).

Si bien este impulso de las fuerzas instituyentes transformó profundamente las sociedades y sus instituciones, poco a poco fue institucionalizándose, bajo el influjo de una serie de fuerzas y circunstancias. No es objeto de este artículo un análisis detallado de estas causas, que algunas de ellas están ya claramente expuestas en la bibliografía del análisis institucional, así como las diferentes sociologías que se ocuparon de elucidar el movimiento de 1968. No obstante, uno de los aspectos que es importante subrayar, precisamente porque fue poco trabajado por el análisis institucional, es el del peso afectivo y el impacto que tuvo en la subjetividad el fracaso de las perspectivas utópicas que acompañaron al movimiento y que estuvieron vigentes durante este periodo.

De acuerdo con planteamientos etnológicos y antropológicos,⁶ los movimientos sociales generan una temática, un espacio imaginario (en el sentido antropológico)⁷ que en adelante acompañará al mismo y que se constituirá como su *mito*. Estos mitos podrían ser estudiados y agrupados de diferente manera, pero todos ellos tienen en común la negación del orden existente y su sustitución por otro tipo de orden, al que hay que hacer llegar. Así, la perspectiva utópica *construye* una ruptura de la continuidad del tiempo instituido, y en ese quiebre construye al *futuro* como negación del presente. Es a esta dimensión la que denomino perspectiva o dimensión utópica.

La utopía de los movimientos o de las sociedades no puede ser realizada. Toda figura imaginaria se niega en el momento de materializarse. Siempre hay algo de este *deseo colectivo*, de ese impulso de negación (negatividad), que se subsume y se desplaza en las nuevas formas sociales. Por ello, la institucionalización supone siempre un éxito y un fracaso: lo que Lourau conceptualizaría posteriormente, en la paráfrasis del trabajo de Mühlmann, como *el fracaso de la profecía del fracaso*.

⁶ Entre los que destacan los aportes de Henri Desroche (1976).

⁷ El *imaginario antropológico* no debe confundirse con el *imaginario social* planteado por Castoriadis. El imaginario antropológico derivaría más de los trabajos de Caillois, Bataille, Eliade, etcétera.

Es desde esta perspectiva que los diferentes tipos de intervención no estuvieron a la altura de las esperanzas que concitaron. El lugar social del intelectual, así como sus recursos prácticos, se constituyeron como el lugar de *una esperanza que no podría ser cumplida*, y que consecuentemente correrían la suerte de todo aquello que rompe la esperanza. El tipo de profecía social en la que anclaban estos métodos (incluido el socioanálisis) era demasiado amplia para las posibilidades de cualquier operación puntual.

Cuando, en el mismo libro, Lourau analiza las condiciones de posibilidad del análisis institucional, dice:

Pero lo que cierra el sistema de relaciones de fuerza más globales, más determinantes, y al mismo tiempo añade la fuerza propia de la legitimación suprema, es la forma estatal nacional e internacional (constituida por las relaciones de fuerza entre estados): las condiciones de posibilidad de un modo de intervención se encuentra en todo momento sobredeterminadas por el grado de fluidez o de rigidez que emana de una forma estatal dada (Lourau, 1980:122).

Creo que en este sentido deberíamos agregar el lugar del intelectual en el imaginario social de una sociedad específica. La significación que cobra el trabajo intelectual no únicamente depende de la “fluidez que emana de una forma estatal dada”. También es importante conocer el prestigio de esa capa social, y más específicamente los profesionales de tales o cuales disciplinas. Esta situación de prestigio, tiene que ver con las posibilidades que los profesionales tienen de satisfacer las demandas que subyacen a los encargos de intervención. Situado en el contexto de movimientos sociales importantes, el socioanálisis se enfrentó a una demanda que desafiaba las cuestiones imaginables: era la demanda de cambiar al mundo. El socioanálisis no pudo hacerlo. No pudo cumplir con la expectativa de suplir lo que el movimiento no había logrado. El fracaso no sólo era un fracaso anunciado: era necesario, era un fracaso necesario ante una misión imposible.

Por otro lado, hubo también otra dimensión del fracaso. Los encargos de intervención dirigidos a los socioanalistas no necesariamente distinguían la tendencia y el proyecto de esta forma específica de

intervención. Queda claro que la intervención socioanalítica no pretende ser una terapia social cualquiera, y menos una consulta de *expertise* para arreglar los problemas de un establecimiento. Lourau tenía claro esto cuando trabajaba sobre el concepto de la demanda social.

Si el socioanálisis y el análisis institucional tuvieron su caución ideológica y sus mejores días impulsados por el movimiento de 1968, del cual indudablemente formaron parte, si su desarrollo y su institucionalización relativa tuvieron lugar al abrigo del ambiente contracultural de la década de 1970, el reflujo y el desprestigio posterior del movimiento también alcanzaron a esta teoría y este método.

Efectivamente, desde principios de la década de 1970 se veía ya el reflujo del movimiento. El momento más álgido e intenso iba cediendo, y aparecieron los intentos de institucionalización. Hacia 1979, Lourau publica *El Estado y el inconsciente*,⁸ en el que conceptualiza el proceso de institucionalización desde dos aspectos: el *principio de equivalencia ampliado* y el *efecto Mühlmann*. De acuerdo con este último elemento, la institucionalización juega necesariamente con el *fracaso de la profecía* del movimiento que le da origen. Así, la institucionalización de las diferentes creaciones y modernizaciones institucionales que tuvieron lugar en la década de 1960, supondría el *fracaso* de una dimensión (dimensión *deseante* desde el planteamiento guattariano, y también fracaso de las finalidades planteadas por la temática del movimiento, por su mito).

A principios de la década de 1980, varios autores explicitan el final del periodo de cuestionamiento y experimentación que se inició en la década de 1960. Así, no sólo fue la “fluidez que emana de la forma estatal”. Se trata de un fenómeno que fue percibido claramente por los institucionalistas: el socioanálisis estaba en condiciones de posibilidad en la medida en la que se encontraba en una sociedad que estaba interesada en cuestionarse, en reinventar, desconstruir y crear nuevas formas institucionales. Cuando esa sociedad se transforma, cuando ese impulso de cuestionamiento y negación del orden establecido

⁸ *L'État-Inconscient* en el original francés. El título en español jugó, seguramente, con alguna cuestión mercadotécnica.

desaparece o es menos explícito, el socioanálisis en su forma clásica u original también desapareció prácticamente. No por ello, sin embargo, dejó de haber formas de intervención a través de las cuales se vehiculizaba el proyecto socioanalítico.⁹

*Análisis interno, socioanálisis participante,
imaginación socioanalítica...*

Esta nueva situación implicó modificaciones importantes, añadiduras al método que permitieron la supervivencia, por lo menos por algunas décadas, de la reflexión sobre las instituciones y la posibilidad de salir de sus formas más alienadas.

Desde los inicios del socioanálisis como análisis institucional en situación de intervención puntual estuvo acompañado de otras formas de intervención sociológica o psicosociológica, inspiradas no sólo en el proyecto de transformación enarbolado por esta corriente, sino también por hallazgos desarrollados por su propio *corpus teórico*.

En un principio, como enunciamos más arriba, se presentó el socioanálisis bajo encargo con su *doble* o su *sombra*, que fue el socioanálisis militante. Éste partía de la idea de una provocación, de generar los analizadores que permitieran el análisis y transformación de las instituciones.

En esta figura, el *analista* se transformaba en *analizador*, a través de comportamientos desviantes en diferentes niveles: ideológico, libidinal, organizacional. El socioanálisis, en este momento, coqueteaba fuertemente con las tesis situacionistas, así como con sus modos de acción más radicales. El análisis generalizado de las instituciones suponía,

⁹ Castoriadis, desde mediados de la década de 1960, llega a una conclusión parecida. En la *Carta* dirigida a los lectores de la revista *Socialismo o Barbarie*, en la que anuncia la autodisolución de dicho grupo, menciona con claridad cómo es una sociedad en la cual los movimientos sociales y obreros se han institucionalizado, lo que deja a la revista sin sentido. Su expresión giraba alrededor del comportamiento del público como un comportamiento consumista, como “consumidores pasivos de ideas”. Castoriadis generaría otras militancias, en grupos psicoanalíticos, y su pertenencia al ámbito de la educación superior.

en este caso, asumir diferentes formas de desviación, constituirse en un lugar intermedio entre el *analizador construido* y el *analizador natural* en el contexto institucional.

Las discusiones en ese entonces reproducían de alguna manera el ambiente de la crisis de 1968, que no se había generado por una multiplicación de socioanálisis o socioanalistas. El análisis institucional más o menos generalizado que se dio en esa época suponía una serie de condiciones de posibilidad. Fue necesario romper con la intolerancia, limitar la represión, permitir la expresión de los desviantes. El ambiente social se plasmó en las dos consignas: “prohibido prohibir”, y “seamos realistas: exijamos lo imposible”. El modo de acción supuso también la intervención (no especializada) en todos los ámbitos: en las calles, en las familias, en las escuelas y universidades...

La desviación confrontaba entonces a las estructuras instituidas, y lo hacía activamente, denunciando en los lugares cotidianos la alienación y la insatisfacción del mundo heredado. La sociedad se había distanciado de sus instituciones y podía realizar su crítica. Por ello, el análisis institucional incorporó su consigna: “¡Analicemos nuestras instituciones!”.

En varios lugares, Lourau planteaba cómo estos modos de acción hacían completamente innecesario al método de intervención socioanalítico: si la sociedad tenía posibilidades de analizar y criticar sus instituciones, entonces no tenía sentido generar crisis en frío que analizara las instituciones. La intervención entonces tenía que plantearse desde el lugar de la vida cotidiana, o a partir de la generación de un espacio especial, distanciado de la cotidianidad. Más adelante, esta característica de la intervención socioanalítica bajo encargo haría reconocer a Lourau que los resultados de dicha forma de intervención deberían considerarse como una *representación* de la realidad institucional, que debería contrastarse con la realidad tal cual es percibida en el *continuum* social-histórico.

Es importante notar que la intervención socioanalítica se practicaría en la decadencia del movimiento. Estaría colocada como método que pretendería sustituir el análisis institucional *ausente*, el análisis institucional realizado por los colectivos en la eferescencia de la movilización social, a partir de la generación de una *crisis en frío*,

desde la cual podría constituirse un colectivo que vehiculizara el análisis de sus instituciones. El proyecto del análisis institucional, específicamente el proyecto del socioanálisis suponía entonces un lugar y una tarea específica al especialista: la movilización y provocación planteada en el dispositivo tenía que ver con la posibilidad de llevar a cabo, colectivamente, con la base social de la institución, el análisis institucional generalizado. El socioanalista no estaría colocado como un “sabio” de las instituciones que buscaría una especie de socioterapia. Al contrario, buscaría permanentemente la transformación, la revolución social, todo lo que el proyecto autogestionario traía consigo.

Así, podemos observar que en este primer momento, con la crisis generalizada de las instituciones en 1968, el socioanálisis se acompañó, como su sombra, de esta otra forma de intervención en las instituciones, que no era exclusiva de los socioanalistas, que fue calificada de *entrismo*. Modificar desde adentro las instituciones, funcionar como analizador, podría ser la consigna. Estrategia desesperada, al fin, en la medida en la que el movimiento de 1968 fracasó. El mundo fue parcialmente transformado, pero tampoco se satisfizo la *esperanza* como elemento movilizador.

Lapassade, paralelamente a la proliferación de intervenciones socioanalíticas de principios de la década de 1970, introduciría al socioanálisis la idea del trabajo con el potencial humano. En este periodo, Lapassade incorporaría a una versión para él muy sociologista del análisis institucional elementos procedentes de psicologías y psicoanálisis críticos, como la perspectiva de W. Reich. Había una intención: liberar las fuerzas instituyentes, de manera que se desligaran de la organización burocrática. Esto sería posible trabajando desde el cuerpo, permitiendo posibilidades que no podrían ser imaginadas en el ámbito de la alienación burocrática.

Sin embargo, un momento crucial en el desarrollo de estas dos dimensiones del socioanálisis resultó la idea del *encuentro institucional*. Esta idea también la desarrolló Lapassade a partir de los grupos de encuentro rogersianos. Estas formas de grupismo, ampliamente criticadas por Lourau, tenían una virtud: en la medida en la que se abstraían, aunque sea imaginariamente, de las determinaciones institucionales y burocráticas, estos grupos permitían hacer visibles

las ligas con lo instituido y, eventualmente, generar posibilidades de articulación con fuerzas instituyentes.

En aquel momento, frente a la crítica de la burocracia no sólo del aparato estatal, sino también de los partidos y del movimiento obrero, la autogestión se convirtió no sólo en un concepto político emanado de las perspectivas anarquistas, sino también en una temática, en un mito que expresaba las alternativas derivadas del movimiento de 1968 en torno a un proyecto de sociedad. Lourau intentaría por todos los medios distinguir entre el proyecto político de la autogestión,¹⁰ y las ensoñaciones derivadas del imaginario y las prácticas grupistas. Para ello, el concepto de transversalidad sería de gran ayuda.

Sin embargo, la idea del encuentro institucional haría su camino. Este tipo de intervención fue evolucionando, desde una importación de elementos técnicos que deberían enriquecer la panoplia socioanalítica, hasta formas de encuentro que permitirían dar la vuelta a una serie de inconvenientes que se empezaban a manifestar en la intervención socioanalítica. Lapassade definiría de la siguiente manera el encuentro institucional:

Llamo *encuentro institucional* a una intervención de corta duración en la que el “plenario cliente” es una organización social conducida a partir de las hipótesis y conceptos institucionalistas, sobre una base de autogestión y que apunta, por medio de cierta cantidad de técnicas, a poner de manifiesto a la institución en una situación de reproducción analítica (1977:218).

Cuando se refiere a la “reproducción analítica”, Lapassade plantea los diferentes niveles en los que puede ser analizado un encuentro: individual, grupal, organizacional... La dimensión institucional atraviesa todos estos niveles, y está oculta en los actos instituyentes del encuentro. El encuentro, como lo plantearía Lourau, en la medida en la que desplaza el tiempo y espacio cotidiano de la institución, produce una *representación de la realidad*. Esa es la reproducción analítica.

¹⁰ Que entonces podríamos encontrarlo fuertemente emparentado con la idea de un *proyecto de autonomía* en el pensamiento castoridiano.

Para Lapassade, el *encuentro institucional* debería proporcionar al socioanálisis herramientas técnicas que le permitieran manejar las crisis que induce en los establecimientos:

Hasta ahora, las técnicas utilizadas en nuestros encuentros institucionales son, sin que esto sea siempre dicho o siempre consciente, ampliamente inspiradas en las de la psicología de los grupos.

Pero por la otra parte, el efecto de la provocación institucional, la implicación ideológico-polémica fuerte de los intervinientes en estos encuentros crean generalmente un clima, ya habitual, de enfrentamientos verbales intensos, de tensiones fuertes sin que haya un manejo técnico y una evolución de esos conflictos (1977:220-221).

Esta postura de Lapassade mostraba claramente el clivaje que se presentaba en el colectivo institucionalista: la tendencia más sociológica de Lourau, frente a la más psicología de Lapassade. Años después, cuando Lourau planteaba que no practicaría más la intervención socioanalítica,¹¹ Lapassade me comunicaba su percepción: para él, Lourau había traicionado el análisis institucional, convirtiéndolo en una investigación teórica y libresco, y separándose cada vez más de la idea de intervención que estaba en su origen.

Veremos más adelante que esta percepción lapassadiana podría estar equivocada.

El *encuentro institucional* evolucionó desde la temprana década de 1970 hasta la de 1980, y en esta evolución se fue transformando, convirtiéndose en una expresión más de ese *doble* del socioanálisis, derivado del socioanálisis militante.

Efectivamente, con el paso del tiempo diferentes tipos de demanda fueron respondidos con dispositivos de *encuentro institucional*. Demandas emanadas de escuelas, de asociaciones de animación sociocultural, etcétera, derivaban en procesos de análisis institucional que no necesariamente se atenían a las reglas establecidas del método socioanalítico. Este momento del *encuentro* institucional resulta importante, porque permitía retomar cuestiones que Lapassade había

¹¹ Lo que no cumplió.

trabajado casi 20 años antes. Durante el periodo de experimentación de la autogestión pedagógica, en la década de 1960, y cuando se estaba iniciando el trabajo sobre el dispositivo socioanalítico, Lapassade distinguía la *demanda* burocrática. Llamó de esta manera un tipo de demanda de intervención oculta tras una demanda de tipo pedagógico. El estudio de este tipo de demanda dio caución para el trabajo de conversión de demandas de corte pedagógico en demandas de intervención. La pedagogía y la intervención, finalmente, son vecinas. Podríamos incluso pensar que la pedagogía es una forma de intervención.

En el método de *encuentro* institucional Lapassade retomaría esta dinámica. Una característica de estos encuentros era el tipo de demanda: se trataba de demandas de corte pedagógico, o demandas en las que se solicitaba la intervención de especialistas en procesos de animación sociocultural, por ejemplo. Estas demandas eran respondidas con dispositivos de encuentro institucional, que derivaban necesariamente en procesos de análisis institucional. Dicho de otra manera, el *encuentro institucional* permitía al análisis institucional abarcar un rango mucho más amplio de demandas, que aquellas que se dirigían específicamente a la realización de un socioanálisis. Esto se debe a una cuestión que Lapassade plantea en torno a la intervención socioanalítica:

En su punto límite, en su principio mismo, la intervención institucionalista es una *empresa imposible*: en efecto, contrariamente al trabajo de los psicólogos intervencionistas y consejeros en organización, su objetivo no es una terapia social, un mejoramiento, sino por el contrario una subversión de lo instituido. ¿Quién puede pedirla? (Lapassade, 1977:206).

Este planteamiento es un cuestionamiento fundamental para cualquier forma de intervención especializada. Las formas de intervención, finalmente, estarán inmersas siempre en un proyecto que va más allá de las finalidades inmediatas y explícitas de la intervención. La intervención es instrumento, es método, y sus significaciones y sentido debemos encontrarlas en el proyecto en el que se encuentran inmersas. En el caso del análisis institucional, ese proyecto se explicitó como

un *análisis institucional generalizado*, una sociedad que es capaz de transformar sus instituciones, la vigencia de la negatividad planteada como fuerza instituyente. El proyecto de autogestión tenía esta marca, y el socioanálisis era tributario de dicho proyecto.

También al finalizar la década de 1970 apareció una forma de intervención asociada al socioanálisis, que manifestaba el agotamiento de sus condiciones de posibilidad, y que en su momento pretendía llevar adelante el proyecto de *promover* el análisis institucional generalizado. Se trató del *socioanálisis interno*. Este modelo intentaba replicar los planteamientos socioanalíticos, con la diferencia de que sería en el contexto del mismo *grupo-cliente* de donde se formaría el *staff analítico*. Dicho de otra manera, se evitaba el llamado a un analista exterior, y se establecía un método que recuperaba en lo fundamental los elementos planteados por el socioanálisis: análisis de la demanda y del encargo, elucidación de la transversalidad, autogestión del análisis, regla de decirlo todo, elucidación de las implicaciones del *staff* interviniente y del grupo cliente, y la construcción y elucidación de los analizadores. Esta forma de intervención, finalmente, hacía un llamado a los mismos elementos que estarían planteados por la forma clásica de la intervención socioanalítica. Se trataba, ante todo, de generar condiciones de posibilidad para el análisis institucional o, como lo planteaba Lapassade, para la subversión de la institución.

La discusión entre la *intervención interna* y la *externa* fue bastante intensa en aquellos tiempos. En el fondo, estaba presente la problemática del quehacer profesional, el proyecto de militancia, los métodos de investigación-acción, la clínica colectiva y, como resultado, el debate en relación al *practicante-investigador*. El cuestionamiento radical del proyecto de intervención especializada generó poco a poco una deslegitimación de la intervención como método de transformación en la sociedad. Se llegó a las antípodas de la querrela antipsiquiátrica: si Basaglia había denunciado al psiquiatra que, después de aplicar electroshocks y establecer dispositivos represivos en relación con la locura y la sinrazón en el hospital psiquiátrico, dejaba su bata y se iba a la reunión del partido para transformar la realidad, derrumbar al capitalismo y encumbrar la sociedad socialista, ahora el especialista no debería hacer de la profesión una forma de militancia o de intervención

social. Para Basaglia, no era posible el intento de transformación social sin el cuestionamiento de los aspectos propiamente institucionales de la práctica profesional. El ejercicio de la crítica no debía detenerse. Las contrainstituciones que derivaron de la *psiquiatría democrática* planteada por ese autor (que incluyeron la participación de Guattari y Deleuze, así como de Foucault), forjaron formas de intervención –interna y externa– que indudablemente influyeron en los cambios que dicha institución sufrió desde la década de 1970 hasta la fecha.¹² Desde este punto de vista, podría plantearse claramente el trabajo de Basaglia como un proceso de análisis institucional de la institución psiquiátrica. Tiempo después, los dispositivos especializados, la *intervención externa* como promotor del cambio o la transformación social fueron duramente cuestionados, y se intentó deslegitimarlos. En el reflujo del movimiento de 1968, la sociedad ya no sólo no deseaba continuar analizando sus instituciones, sino que evitaba a toda costa que dicho análisis se desarrollara, incluso de manera espontánea.

Así, el *socioanálisis interno* se constituyó en un recurso que permitió dar visibilidad a la *negatividad institucional* actuante. Puso de manifiesto que, más allá de la subversión operada por el *socioanálisis*, el proceso de análisis institucional se desarrolla continuamente a partir del efecto de los analizadores, recuperados así por la intervención interna.

Con el tiempo, las diferentes formas de intervención inspiradas en el análisis institucional se fueron multiplicando. Mencionaremos únicamente los trabajos de Yves Etienne, sobre una *pedagogía socioanalítica*, así como los de Jean François Marchat, en relación a la experimentación institucional de procesos autogestivos.

A partir de estos desarrollos, Remi Hess y Antoine Savoye plantean que se ha generado un *socioanálisis participante*, que sería una denominación más precisa que la de *socioanálisis interno*.¹³ La

¹² En relación con la despsiquiatrización o desinstitucionalización de los pacientes, sin embargo, el doctor Carlos Rodríguez Ajenjo expresaba que las crisis económicas habían trabajado a favor de los pacientes más de lo que había logrado el movimiento antipsiquiátrico.

¹³ Los aspectos que desarrollaré sobre este método están tomados del libro de Hess y Savoye (1993).

perspectiva sobre este *socioanálisis participante* lo aproximaría al método de *observación participante*. Este método de investigación etnológica había sido retomado y desarrollado durante la década de 1980 por Ruth Canter Kohn, y resultaba sumamente interesante desde el punto de vista del análisis institucional, toda vez que una de las problemáticas centrales de este método era la colocación del observador en el sistema observador-observado. Los trabajos de Canter Kohn fueron especialmente importantes en el proceso de creación de la teoría de las implicaciones.

Hess y Savoye, además, retoman los planteamientos de los sociólogos americanos Peter y Patricia Adler, trabajados en algunos textos de Lapassade (1991), sobre la observación participante. Ahí distinguen tres tipos de observación participante (OP):

- La periférica.
- La activa.
- La completa.

Así, Hess y Savoye hablarían de un socioanálisis participante periférico, activo o completo. En relación con el *socioanálisis interno*, el *socioanálisis participante* permitiría una mayor discriminación de las características de la práctica socioanalítica:

La tipología de los Adler puede ser traspuesta con provecho al AI para clarificar sus modos de análisis. Así, en la intervención socioanalítica, se acostumbra oponer el AI “interno”, efectuado por miembros de una unidad social (por ejemplo, un establecimiento escolar), sin hacer llamado a un interviniente externo. Ahora bien, este modo de análisis (que también fue calificado de “autárquico”), no constituye una práctica homogénea. Presenta variantes que la tipología de los Adler ayuda a distinguir. La denominación “análisis institucional interno” recubre, en efecto, prácticas socioanalíticas que se pueden diferenciar según el lugar que ocupa el socioanalista en relación con la realidad que analiza (Hess y Savoye, 1991:113).¹⁴

¹⁴ La traducción es mía [RM].

Así, inspirados en el método de la observación participante, esbozan un *socioanálisis participante* que tendría una serie de elementos específicos que estos autores enuncian:

- En relación a la intervención socioanalítica clásica, el *socioanálisis participante* no exige las mismas condiciones de acceso al terreno. Si en la primera hay un fuerte compromiso del *staff cliente*, que debe desembocar en el planteamiento de un encargo de intervención, en el segundo, el proceso se puede desencadenar a partir de la iniciativa de algunos individuos, o incluso de uno solo. Basta con que la acción del socioanalista sea tolerada.
- La duración del *socioanálisis participante* puede ser de un largo periodo, a diferencia de la intervención socioanalítica, que su duración es breve, debido a la movilización y compromiso intensivos que supone.
- La diferencia en el tiempo tiene consecuencias en relación con los métodos y técnicas de análisis: si la intervención socioanalítica utiliza un dispositivo de enunciación colectiva (asamblea general) instituido de manera extraordinaria, el *socioanálisis participante* permite aproximaciones de tipo etnográfico, u otras (observación participante, por ejemplo), que permiten analizar la vida institucional en la cotidianidad (Hess y Savoye, 1991:116-117).¹⁵

Por su parte, el *socioanálisis participante* plantea problemas teóricos específicos. La cuestión principal tiene que ver con el estatuto del socioanalista. En la intervención socioanalítica clásica, dicho estatuto está determinado por el encargo y está parcialmente elucidado por el análisis de tal encargo. En el *socioanálisis participante*, el encargo es

¹⁵ En este punto, es importante mencionar que muchas técnicas de trabajo e intervención en la cotidianidad de la institución o el establecimiento han sido desarrolladas en América Latina, en el contexto de los proyectos de promoción social impulsados por algunas organizaciones civiles. Así, los trabajos derivados de la *investigación acción participativa* (Fals Borda), de la pedagogía de Freire, etcétera, constituyen formas posibles de ser incorporadas al *socioanálisis participante*. También en el ámbito pedagógico escolar, en las instituciones universitarias y psiquiátricas se han practicado este tipo de formas del análisis institucional.

bastante menos explícito, incluso se invisibiliza, y su análisis supone dificultades particulares.

Así, por ejemplo, el análisis del encargo en relación con las investigaciones realizadas en el contexto universitario de posgrados, debe trabajarse más en relación con los procesos mismos de la institución universitaria, que del lado del terreno de intervención, en el cual, en principio, no hay persona o colectivo “demandante”. Ahí, el socioanalista se autoriza a sí mismo para llevar a cabo la intervención. Y sin embargo, la experiencia nos enseña que ahí también existe un encargo invisible que debe ser elucidado por el análisis, fundamental si se quieren entender las encrucijadas y coyunturas que sitúan el papel desempeñado por el socioanalista participante.

Por ello, el análisis de las implicaciones es de importancia primordial, y podría plantearse que es esencial para discriminar, en la acción, los aspectos que tienen que ver con su perspectiva analítica de aquellos que se determinan por su posición institucional:

En el analista participante, debido a sus estrechos vínculos con la unidad social analizada, tanto lo analítico y lo funcional, por una parte, como el proyecto de conocimiento y las cuestiones prácticas, por la otra, están efectivamente más íntimamente mezcladas que en el socioanalista interviniente. Y. Etienne, consciente de este vínculo problemático, habla de una necesaria “subversión de función” para instituir el análisis (Hess y Savoye, 1991:118).

Más allá de la intervención socioanalítica

En los tiempos actuales, los encargos de intervención son generalmente bastante raros y escasos. No solamente jugarían un desprestigio y un descrédito. También han cambiado los lugares del intelectual interviniente, así como las formas del desarrollo de los propios movimientos sociales que pretenden cambiar la sociedad. La misma idea de cambio y transformación social ha sufrido giros que en ocasiones la vuelven irreconocible. La falta de un proyecto de sociedad, así como de un sustituto a la idea de *revolución* ha dejado huérfana

la representación de los cambios sociales y, como lo plantaba Carlos Pérez, esto impacta en la forma de una *orfandad* de la teoría.

Este movimiento no sólo ha impactado al análisis institucional o a las ciencias sociales. En general, todo el saber especializado se encuentra en una crisis. Poco a poco el prestigio incluso de la medicina va cediendo frente a formas más o menos tradicionales de cura, que arrebatan al médico, al brujo, chamán o especialista, los saberes y las formas de apropiación del cuerpo. Al mismo tiempo que se dan estas tendencias, el tipo de vida ciudadano genera también la proliferación de servicios especializados ahí donde antes existían redes sociales que satisfacían ciertas necesidades: enfermeras, niñeras, cuidadoras, profesionales psi, médicos especialistas. Profesiones todas que ofrecen satisfacciones en términos individuales, paliativos frente a la infelicidad instituida. La proliferación de profesionales e investigadores en ciencias sociales no corresponde a un modelo que demande la intervención. Más bien plantea figuras profesionales de gestión al servicio de las grandes empresas o instituciones, tanto privadas como públicas.

En medio de este panorama, los proyectos sociales de autogestión, de autonomía, van significando el oasis en el desierto, la negatividad que asoma, como decía Guattari, la punta de una falsa nariz.

Si bien la intervención socioanalítica es cada vez menos demandada, la reflexión iniciada por el análisis institucional y su puesta al día a través de diversos dispositivos nos permite evidenciar la presencia y la acción de esta corriente en el contexto de las ciencias sociales.

En 1985, Lourau escribía:

En grados diversos (sin que haya evolución coherente de nuestra corriente, y por tanto contradicciones internas que a veces van hasta el cisma), nos acomodamos sea a la escasez de demandas, sea a la débil disponibilidad socioanalítica de encargos oficiales e incluso de demandas de la base. Prácticas más “adaptadas”, si no más “adaptativas”, interrogan nuestra supuesta “pureza” (por ejemplo el sociopsicoanálisis de Mendel y su grupo), mientras que los imperativos del empleo en ciencias humanas y sociales llevan a muchos de nosotros a la formación, la cursillificación, la investigación bajo contrato, a muchos acomodados. El balance de todas estas experiencias queda por hacer (Lourau, 1985:256).

Así se daba un doble movimiento: al socioanalista —que además rechazaba el proyecto de profesionalización, cosa que lo enfrentaba directamente con otras corrientes de intervención, que sí planteaban una profesionalización aunque sea relativa— se le indujo a incorporarse a otros terrenos sociales, y con esto se le obligaba a *adaptar* sus métodos y sus perspectivas teóricas a las posibilidades institucionales que se le presentaban. Dicho de otra manera, hubo cada vez menos tolerancia a la intervención socioanalítica. No obstante, al mismo tiempo, la intervención cotidiana, el trabajo cotidiano del analista institucional disfrazado de pedagogo, de animador de cursillos de formación, de investigador bajo contrato, de profesor universitario, introducía en la perspectiva institucional saberes antagónicos, agonísticos. El análisis institucional funcionó, de esta manera, como crisol que permitió la invención y generación de nuevos métodos y teorías, de prácticas nuevas en diversos dominios de las ciencias sociales. Lourau reconoce este fenómeno:

En ciertas corrientes de la psicología de los grupos, en particular la de los “grupos operativos” argentinos (Pichon-Rivière), fuertemente desconocida en Francia, el paradigma original, psicoanalítico, integra la dimensión institucional. El campo de análisis se vuelve el conjunto de las relaciones del grupo con la institución. Esto no va sin perturbar, en el sentido socioanalítico, los esquemas de la vieja “psicología de los grupos”. Otras tentativas van en el mismo sentido. Por ejemplo, el “análisis multirreferencial” de Ardoino, o la “observación cuestionante” de Ruth Canter Kohn [...] Lo que aporta sobre todo la antropología, es un conjunto de técnicas, de dispositivos de investigación reflexiva, cuyo horizonte es claramente la crítica activa (y no solamente ideológica) de la institución científica: su socioanálisis en vivo (1985:256-257).

No obstante, estos espacios críticos, de la misma manera que el socioanálisis, también han sufrido sus propios procesos de institucionalización. En México, por ejemplo, hemos dado testimonio de cómo el proyecto científico y social de los *grupos operativos* se invirtió, y sirvió como puerta de entrada a un psicoanálisis que a la vez que multiplicaba y magnificaba sus desarrollos teóricos, cada vez ejercía menos la crítica en el terreno, y cada vez estaba menos interesado en preguntarse su lugar en el contexto social mexicano.

En el caso de la antropología, las diferentes etnologías y etnografías tienden a convertirse en técnicas cada vez más despojadas de su potencial crítico en torno a la institución científica e incluso otras instituciones, y a ser incorporadas en la misma lógica científicista que criticaron en las metodologías cuantitativas. Lourau decía:

La imaginación socioanalítica, es también un cierto tipo de intervención (en un sentido muy amplio del término, y no en el sentido instrumental de intervención socioanalítica). ¿Intervención que produce un efecto Atila o un efecto Placebo? La alternativa está planteada menos en el cielo deontológico o epistemológico que en el contexto político. No todo periodo es favorable al despliegue de dispositivos analizadores. 1968 ya está lejos. Razón de más para, esperando mejores días, hacer trabajar como se pueda la imaginación, lo que no significa un juego puramente estético y no evacúa del todo los riesgos de incomprensión y de conflicto (1985:264).

Bibliografía

- Castoriadis, C. (1975), *L'institution imaginaire de la société*, París, Seuil.
 — (1978), *Les carrefours du labyrinthe*, París, Seuil.
 Desroche, Henri (1976), *Sociología de la esperanza*, Barcelona, Herder.
 Gavarini, Laurence y Antoine Savoye (1977), “El socioanálisis en cuestión”, en Lourau, René *et al.*, *Análisis institucional y socioanálisis*, México, Nueva Imagen.
 Hess, Remi y Antoine Savoye, (1993), *L'Analyse Institutionnelle*, París, PUF.
 Lapassade, Georges (1977), “El encuentro institucional”, en Lourau, R. *et al.*, *Análisis institucional y socioanálisis*, México, Nueva Imagen.
 — (1991), *L'ethnosociologie, les sources anglosaxonnes*, París, Méridiens Klincksieck.
 Lourau, René (1980), *El Estado y el inconsciente*, Barcelona, Kairós.
 — (1985), *L'imagination socianalytique*, París, inédito.
 Manero, Roberto (1990), “Introducción al análisis institucional”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 1, diciembre, México, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

Recibido el 22 de noviembre de 2012

Aprobado el 20 de mayo de 2012